

MARIANO AGUIRRE

Sobre las Pequeñas Patrias*

Tiene que haber razones poderosas para maniatar a alguien y darle dos tiros en la cabeza. O para poner una bomba en un supermercado, volar un cuartel de la Guardia Civil con familias dentro, o enterrar en vida a un secuestrado. Son acciones tremendas ante una situación desesperada que no existe en España, en general, ni en el País Vasco.

La violencia de ETA es equivocada para lograr unos fines. La persistencia en el error convierte a sus miembros en criminales y a sus afines en colaboracionistas. Para que se justificase de alguna forma el atentado contra un responsable directo del terror, debería haber una injusticia intolerable y una falta absoluta de marcos de referencia estatales que impidiesen luchar políticamente de forma pacífica. O sea, que no hubiese Estado (como en Liberia) o que estuviese controlado por una dictadura feroz: los jueces en la cárcel, los periodistas silenciados, los sindicatos prohibidos y las tanquetas en las calles.

Debería haber un poder identificable: un Pinochet o un Mobutu y sus cortes corruptas. Y torturadores, como los comisarios que arrojaban a estudiantes por las ventanas durante el franquismo, además de supuestos jueces que firmaran penas de muerte y aceptaran el uso de la tortura y médicos que controlasen que los presos no muriesen a causa de las torturas.

No sirve el argumento de que todo ésto existe en la democracia, pero que como ésta es tan limitada, a la vez que astuta en el engaño, entonces no queda otra salida que la violencia para acabar con el juego encubierto. No vivimos en una dictadura y los vascos no sufren la opresión del franquismo. No vale que haya existido la violencia institucional del Estado en la forma de los GAL, o que las fuerzas de seguridad hayan violado, violen o puedan violar los derechos humanos en el futuro, ni la animadversión que puedan tener algunos jueces al nacionalismo. No hay instituciones ni democracias perfectas, y en España no hay una dictadura que justifique la guerra de guerrillas.

Pero, inclusive tratando de verlo desde los ojos de un miembro de ETA o HB, la dictadura actual en Nigeria –un caso en el que las reivindicaciones por identidad también están presentes– es definitivamente más cruel y brutal que los Gobiernos democráticos del PP y PNV. Sin embargo, en ese país africano algunos eligieron luchar pacíficamente y han pagado con su vida, como Ken Saro-Wiwa, en favor de

Mariano Aguirre es periodista y director del CIP

* Una versión reducida de este artículo fue publicado en *El Correo*, de Bilbao.

*Injusticias
hay muchas y
algunas son
bastante
peores y
acuciantes
que no ser
ciudadano de
un nuevo
Estado
miembro de
Naciones
Unidas.*

la identidad, el control de sus recursos y la democracia, mientras que múltiples movimientos, iglesias y periodistas cada día pugnan por la libertad sin recurrir al secuestro de un familiar de algún cargo de segunda clase de la dictadura y pegarle un tiro.

Algunas personas usan la violencia contra las dictaduras, pero mucha gente lucha evitándola, bien sea por miedo a la respuesta del dictador, por convicción moral o por estrategia política. El tiro en la nuca suele ser la expresión nítida de la falta de política y de moral. No se puede deducir que dado que el objetivo (la independencia, en este caso) es difícil de alcanzar entonces la violencia, y particularmente la de corte indirecta sobre los que son considerados aliados o parte del enemigo (como Miguel Ángel Blanco), es el camino adecuado. Si así fuese, viviríamos disparando sobre los familiares y miembros de las personas e instituciones, respectivamente, con las que tenemos algún interés encontrado.

Porque, aceptando la lógica de ETA, si es legítimo asesinar por la autodeterminación, ¿no tendría un parado derecho a hacerlo para alimentar a su familia o secuestrar a un sobrino del ministro de Trabajo? Injusticias hay muchas y algunas son bastante peores y acuciantes que no ser ciudadano de un nuevo Estado miembro de Naciones Unidas.

Cuando uno piensa sólo en grandes causas puede perder de vista la realidad. En nombre de la Patria Vasca se puede creer que la democracia que permite contar con garantías legales, en opción para los electores y en la que las Fuerzas Armadas españolas han decidido quedarse en los cuarteles, es algo menor.

Se puede creer, inclusive, que la guerra en nombre de la "Gran Causa" otorga una misión a nuestra vida. Misión peligrosa que a quienes la practican les otorga una legitimación para sentirse superiores a los demás: a los amigos porque se presentan ante ellos como su vanguardia; a los enemigos porque se les desprecia en nombre de que un día se les absolverá –si es preciso matándolos– de su error. Quien tiene una misión tan alta no tiene que pensar en cosas menores como pagar la hipoteca del piso. Fuera de la vida real, está exento de ser víctima de un grupo armado que quiera salvarlo, a menos que un día se le vea como un traidor.

Quizá la independencia del País Vasco sea una gran causa por la que valga la pena morir y matar. Pero a mí se me aparece cada vez más pequeña comparada con cuestiones como abolir el *Apartheid*, por la que Nelson Mandela perdió 30 años de su vida, con la absoluta miseria en Chiapas ante la cual se han levantado los zapatistas sin tiros en la nuca o frente a la lucha en Myanmar por la democracia y en contra del esclavismo de miles de niños de la líder no violenta Aung San Suu Kyi. No ser parte de una autonomía, sino de un Estado, puede ser más o menos agobiante, aunque en la era de la globalización, de las empresas multinacionales, de la CNN y de la descentralización de la producción es algo muy relativo. Si en contra de esta realidad un número indeterminado de personas quiere tener su pequeña Patria, tiene el derecho a plantearlo, buscar fórmulas de pacto y avanzar hacia su fin. Sin embargo, deben recordar que no todo lo que se quiere se alcanza en esta vida y que matar no asegura el éxito de nada.

Pero, muy especialmente, los que se empeñen en esa opción deben convencer civilizadamente a los que quieren que vivan con ellos en su pequeña Patria y a los que quieren que nos quedemos fuera y seamos sus vecinos, de que su pro-

puesta es viable y que sus proyectos de Estado y sociedad ofrecen, además de himno, ikastola, bandera y nuevo ejército, algo superior a la situación actual. O sea, tendrán que hacer política para que los que ahora no quieren –dentro y fuera del País Vasco– que se hable de autodeterminación quizá un día lo acepten, por que vean en ello alguna ventaja práctica aparte de mantener el orgullo nacional de los dos lados. Los que matan y los que aplauden deben convencernos, además, de que el sistema democrático que ahora desprecian, y la vida que ahora matan, serán valorespreciados, y no monedas de cambio, en el nuevo orden del país que quieren organizar.

La verdad, no quisiera vivir en una pequeña Patria erigida sobre la muerte de inocentes durante una guerra injusta. Tampoco me gustaría tener ni de gobernante ni de vecino, y menos de familiar, a alguien que le pegó dos tiros en la cabeza a un concejal porque era miembro de un partido tan españolista como legítimamente elegido en el orden constitucional.

Me daría miedo ser vasco y vivir en Bilbao y que al día siguiente de la independencia se me ocurriese alguna modesta idea sobre cómo organizar la nueva Patria y que, entonces, uno de los ex combatientes en desacuerdo desenfundase –como esos hombres uniformados, públicos o privados, que en el verano se ponen celosos, les afecta el calor y matan a sus mujeres–, y me pegase un tiro en nombre de la revolución.

La historia no está escrita en ningún sitio, pero hay acciones que marcan las cartas para el futuro. A partir de ahora, cuanta más violencia dispare ETA, y cuántos más elogios les brinden sus amigos que operan en la legalidad que rechazan, más lejano estará el objetivo que dice buscar. El medio arruinará el fin. Y, como ha ocurrido con otros movimientos armados, arrastrará en su caída hacia el abismo a más víctimas, a sus miembros y al proyecto de la pequeña Patria.

*No quisiera
vivir en una
pequeña
Patria erigida
sobre la
muerte de
inocentes
durante una
guerra
injusta.*